

indio a la cultura nacional y de desenvolver su capacidad de producción.

Para el establecimiento de dichas escuelas, la zona andina fue dividida en subregiones tomando en cuenta la importancia e influencia que ejercen entre sí sus centros poblados. Así, en las localidades más importantes se fundaron centros docentes con un máximo de servicios escolares e inclusive extraescolares; por el contrario, en las localidades menos importantes, se establecieron escuelas con un mínimo de servicios educacionales, manteniendo, para su funcionamiento, relaciones de dependencia respecto de las primeras. El proyecto nos hace recordar una combinación de las escuelas mexicanas de circuito, las escuelas rurales y las misiones culturales.

Ahora bien, para realizar la evaluación de las actividades de dichas escuelas —objetivo de la investigación que comentamos—, se eligieron dos comunidades con sus respectivas escuelas, y en base a la descripción de las mismas se trató de hacer un examen histórico-comparativo.

Ciertamente del lado de las comunidades, es patente que, el examen en base a su descripción, nos muestra que la comparabilidad entre ellas es difícil de controlar, en parte, porque los indicadores de una y otra no son equiparables en el tiempo y también porque no siempre éstos reflejan los mismos conceptos. Entonces, no es fácil inferir qué elementos del lado de las comunidades jugaron un papel determinante ya sea para facilitar el desarrollo de las actividades de los núcleos escolares o para obstaculizarlas. Así, queda bastante dudoso el logro del objetivo concreto del trabajo.

A diferencia de las comunidades, la descripción lograda de las escuelas nos parece más completa y precisa, pues, llega a un conocimiento más aproximado de su constitución, organización y operación, lo mismo que de los cambios experimentados en los periodos en que actuaron cada uno de los directores. En consecuencia, esto nos permite hasta cierto punto, la comparabilidad entre las escuelas y, por lo mismo, el diagnóstico de los factores que con mayor probabilidad influyeron en forma

decisiva para el logro de los objetivos planteados por el proyecto de este tipo de escuelas. Entre éstos factores, uno muy importante es el mayor apoyo económico dado a los núcleos escolares, el cual parece que se reflejó directamente en un mejor equipo escolar y extraescolar, en locales más adecuados, en un cuerpo docente más experimentado, mejor preparado y suficiente, etcétera. Luego, si nuestra interpretación es correcta, se puede inferir en este caso que el núcleo escolar que trabajó con más éxito en el logro de sus objetivos, es decir, el que causó mayor influencia en la modernización de su comunidad fue el que tuvo mayor apoyo económico.

La inferencia anterior, implícita en el trabajo, no guarda relación con las pretensiones específicas de la investigación, ¿por qué? Primero, porque los datos históricos sobre las comunidades eran muy deficientes y aunque se trató de superar esta falla recolectando más datos por medio de entrevistas informales, sin embargo, no fueron suficientes como para lograr una amplia descripción de las comunidades; segundo, porque el nivel de investigación utilizado no fue el apropiado.

Finalmente, hay que indicar que, si bien, el objetivo inicial del estudio no fue tratado con la amplitud necesaria, no obstante, la obra es valiosa por cuanto trata de dar a conocer la experiencia de uno de los programas escolares más importantes que han laborado en el ámbito sudamericano.

Alejandro Martínez J.

Michel Foucault: *Les Mots et les Choses. Une Archeologie des Sciences Humaines*. Bibliothèque des Sciences Humaines. NRF. Gallimard. 1966, pp. 400.

Cuando apareció en Francia esta obra de Michel Foucault, *Le Monde* celebró su publicación como un gran acontecimiento académico: reconoció la importancia del texto y la gran estatura del autor, a quien comparó con Sartre. Goucault, para el crítico de *Le Monde* se mostraba tan grande como el filósofo existencialista pero, por su orientación distinta brindaba un ma-

gisterio alternativo, provechoso, a la joven generación.

El libro de Foucault ha sido vertido al español —tributo merecido al filósofo que usa como referencias principales tres productos notables de la cultura hispana: un cuento de Borges, un cuadro de Velázquez, una obra de Cervantes— y ello nos da ocasión para una breve referencia a un pensamiento que debería ser objeto obligatorio de análisis en los centros universitarios mexicanos —latinoamericanos— en los que se pretende estudiar las ciencias humanas (o las ciencias de lo humano, según nosotros preferimos decir).

Esta breve referencia se nos impone no sólo porque nos movemos en el ambiente académico de las nuevas humanidades; no sólo porque hemos aceptado siempre que no hay sociología posible sin una básica antropología filosófica y una igualmente básica filosofía de la ciencia (que de ambas tiene *Les Mots et les Choses*) sino porque nuestra ocupación de momento tiene que ver con la sociología del lenguaje, y la obra de Foucault cala hondísimamente en lo que es el lenguaje, en las repercusiones que los diferentes modos de representación tienen para diferentes épocas; en lo que representa, para la ciencia y para la vida, el que una gramática general antigua haya dado paso a una moderna filología.

El libro de Michel Foucault —según su propia confesión— tuvo como acicate la lectura de un texto del argentino Jorge Luis Borges —uno de los autores más traducidos, de nuestra lengua— en el que éste menciona la clasificación, para nosotros disparatada, que él atribuye a “una cierta enciclopedia china” en la que se hablaría de los animales como si éstos formarían clases de tipo de las siguientes: “la de los que pertenecen al emperador, la de los embalsamados, la de los que parecen moscas, la de las sirenas, la de los incluidos en esta clasificación, la de los que se agitan como locos...” etcétera. Este texto descubre mejor de lo que podría hacerlo otro históricamente adorado, las diversidades básicas de la representación. Plantea, en efecto, el problema de determinar “¿en qué ‘cuadro’, según qué espacio de identidades, de similitudes, de analogías, tenemos el hábito de distribuir tantas cosas diferentes y parecidas?”

Conforme asienta Foucault, se trata, precisamente, de descubrir los códigos fundamentales de una cultura: los que rigen su lengua, sus esquemas de percepción, sus cambios, sus técnicas, la jerarquía de sus prácticas. Son ellos los que crean, para el hombre ciertos órdenes empíricos; aquellos con los que tiene que tratar y en los que tiene que encontrarse a sí mismo.

Foucault encuentra que en la cultura occidental hay, en este sentido, dos grandes discontinuidades; dos soluciones de continuidad de la episteme: la que inaugura la edad clásica (hacia mediados del xvii) y la que (a principios del xix) marca el umbral de nuestra modernidad.

En cada una de esas etapas ha habido algo así como un subsuelo, como una capa básica sobre la que descansan todos los saberes o que, más aún, sirve de fundamento a todo saber.

Es tan importante esa capa básica que, como reconoce el filósofo de Clermont-Ferrand, la historia natural —por ejemplo— se relaciona más con su coetánea gramática general y con el análisis de la riqueza que se practica en su época que con la biología que ha de sucederla aunque parezca tener en común con ella el mismo objeto de estudio. En forma parecida, la gramática general de la época se vincula más estrechamente con la historia natural y con el análisis de la riqueza que con la filología o la lingüística posteriores. A su vez, el análisis de la riqueza se conecta más fácilmente con la historia natural y con la gramática general que con la economía política.

Y es que cada edad tiene una definición propia de ciertas cosas; principalmente, la tiene, de lo que constituye lo Mismo y de aquello que constituye lo Otro. Es a esta luz como la locura, la desviación, resulta ser —para este especialista del tema— más que una enfermedad, el resultado de un hecho: el hecho de que el loco establece relaciones de semejanza entre cosas y personas que la sociedad de la época, que la cultura de la época define como pertenecientes al dominio de lo Otro, en tanto que considera desemejantes —por el otro extremo— cosas y personas que la sociedad y la cultura de su tiempo reconocen como campo propio de

lo Mismo. Esa distinción entre lo Mismo y lo Otro depende de que la sociedad define lo Otro como algo que le es simultáneamente interno y extraño (como algo que hay que excluir). Se trata de un tema profundamente propio de quien, como Foucault, ha publicado —en Plon— *La historia de la locura en la Edad Clásica*. Se trata de un tema que no puede descuidar quien se ha asomado, así sea de lejos a lo que solemos denominar patología social o sociopatología, pues el planteamiento puede ser básico para la constitución o para la disolución de un estudio de ese tipo.

Foucault inicia su estudio propiamente dicho refiriéndose a otra muestra de la cultura hispánica. Así, tal y como habló antes de un trozo de literatura fantástica debida a la pluma de Borges, ahora se refiere a *Las Meninas* de Velázquez, cuya reproducción figura, como ilustración casi única (las otras dos son gráficas del autor) en su libro magistral.

En *Las Meninas* se reconocen, en efecto, diferentes niveles de realidad, de representación: están ahí la infanta y sus meninas, Velázquez frente a su cuadro, en proceso de factura; el reflejo, en un espejo, de algunos de los sujetos de la representación y, allá, en el fondo, quien ha ordenado el cuadro.

En la obra de Velázquez —para Foucault— se tiene una representación de la representación clásica, la cual “emprende la tarea de representarse en todos sus elementos, en sus imágenes, las miradas a las que se ofrece, los rostros que hace visibles, los gestos que la hacen nacer”. Pero, a pesar de todo, encuentra que esa forma de representación aprisiona —en el fondo— un vacío.

Hasta el siglo XVI, según el autor, la similitud desempeña un papel primordial en Occidente. Se la establece a base de cuatro dimensiones principales: la *convenientia*, la *aemulatio*, la analogía y la simpatía; o sea, que se establece a base de la semejanza que se funda en las proximidades espaciales; de la conveniencia que se ha librado ya del grillete espacial; de la superposición de conveniencia y emulación; de la semejanza que actúa libremente en las profundidades del mundo.

Pero, el sistema no es cerrado y es gracias a ello a lo que se le puede aprender. No hay semejanza, en efecto, que carezca de una firma, de una marca: es el de la semejanza un mundo marcado ya que —conforme el decir de Paracelso— Dios no quiere que lo que ha creado para beneficio del hombre le permanezca oculto a éste.

De ahí que Foucault considere que el saber de entonces tiene, simultáneamente, plétora y pobreza; plétora por su ilimitación; pobreza por estar condenado a no saber sino una y misma cosa: a dar vueltas sobre sí mismo; a ser una serpiente que se muerde la cola.

Como entre las marcas y las palabras no existe —para ese saber— la diferencia moderna entre la observación y la autoridad; entre la verificación y la tradición, la naturaleza y el verbo se cruzan y entrecruzan hasta el infinito y forman, con ello, algo que es como un gran texto único.

Lo escrito es, así, lo que tiene la primacía. Y los hombres de la época no crean descripciones propiamente tales ni anotan observaciones que lo sean en puridad. No puede extrañar, así, que Buffon encuentre en Aldrovandi, en el tratamiento que éste hace de los animales, sólo leyenda o *legenda* (cosas por leer). Saber no es, para los hombres de entonces, ni ver ni demostrar; es, sólo, interpretar. Se reconoce que hay un texto primero (un *Urtext*, quizás se dijera en lengua alemana) e infinitas aproximaciones; interpretaciones múltiples que tratan de aproximarse a ese texto más antiguo o primordial sin conseguirlo nunca; sin poder, nunca, llegar a enunciarlo plenamente, fielmente.

El lenguaje, para este episteme, no es un conjunto de signos que vayan revelando su verdad conforme se reflejan en un espejo, sino una cosa opaca, cuyos elementos forman redes de marcas en las que cada una, en particular, juega, con respecto a los demás, en forma alternativa, más o menos indeterminada, el papel de contenido o de signo, de secreto o de clave.

Desde la época de los estoicos —conforme al examen arqueológico del saber que hace Foucault— Occidente reconocía un

sistema ternario en los signos, formado por el significante, el significado y la "coyuntura". Port-Royal, a partir del xvii, reduciría todo esto a un sistema binario de significantes y significados. El Renacimiento, a su vez, volvería a un sistema ternario; pero un sistema en el cual "sus tres elementos se resuelven en una figura única". Existirían, en efecto, los *stigmata* de la escritura —las marcas superpuestas a las cosas— pero por encima y por debajo de ellas estarían el comentario y el texto.

A partir del xix, la literatura hace que aflore el lenguaje y su ser, no ya como en el Renacimiento, sino en forma distinta. La palabra primera, inicial, que limitaba el movimiento infinito del discurso y le daba cimiento ya no existe. El movimiento infinito del discurso carece de punto de partida y de término. Es, conforme expresa Foucault "el recorrido de este espacio vano y fundamental el que traza, día a día, el texto de la literatura".

De acuerdo con Foucault, lo que se ha producido en Occidente ha sido una mutación interna: un cambio que el estudio —como hemos tratado de indicar— a partir del xvii, en los tres dominios en que el lenguaje clásico, identificado al discurso, representaba las cosas. Hay una mutación que hace que a principios del xix deje de haber gramática general para que haya filología; historia natural, para que aparezca la biología; análisis de las riquezas, para que se constituya la economía política.

Las cosas dejan de obedecer a las leyes de la representación para obedecer a las leyes de su propio devenir.

Por este resquicio es por el que aparece la noción del hombre pues —conforme revela la pesquisa de Foucault— es infundada la creencia general de acuerdo con la cual el hombre habría sido objeto de su propio interés por muchos milenios y en cambio hay elementos para pensar que ha comenzado a serlo sólo hace un siglo y medio —poco más o menos—. El hombre aparece apenas entonces, gracias a esa mutación del saber occidental, como un ser que habla, que vive, que trabaja (esto da origen al llamado "triedro de los saberes"); como un ser que se convierte en posible objeto de conocimiento.

El hombre nace, así, en la coyuntura de un humanismo antiguo que periclita y de una "ciencia humana" moderna que

obsesionada por la matemática, no logra captarlo. De ahí el empeño de Foucault por encontrar un fundamento válido para las ciencias humanas, un modo válido en que éstas puedan llegar a saber, auténticamente, del hombre.

El modo de ser del hombre, constituido por el pensamiento moderno le hace desempeñar dos papeles pues "está a la vez en el fundamento de todas las posibilidades y de una manera que incluso no puede llamarse privilegiada, en el elemento de las cosas empíricas". Esto constituye un *a priori* histórico decisivo para la posición que se les debe dar a las ciencias de lo humano, que toman al hombre por lo que tiene de empírico.

Foucault dice bellamente algo que debe recogerse y sobre lo que se debe reflexionar. Para él:

Hay que representarse el dominio de la episteme moderna como un espacio voluminoso y abierto según tres dimensiones. Sobre una de ellas se situarían las ciencias matemáticas y físicas, para las que el orden es siempre un encadenamiento deductivo y lineal de proposiciones evidentes o verificadas; habría, en otra dimensión, ciencias (como las del lenguaje, las de la vida, las de la producción y distribución de riquezas) que proceden de que se relacionan elementos discontinuos pero análogos, si bien se pueden establecer entre ellos relaciones causales y constantes de estructura. La tercera dimensión sería la de la reflexión filosófica que se desarrolla como pensamiento de Lo Mismo.

El pensamiento de Foucault se expresa admirablemente en un texto que —con todo— resulta a veces difícil de penetrar de primera intención; pero se apoya frecuentemente en visualizaciones. Esas visualizaciones se incorporan en gráficas que creemos podrían ser más afortunadas de lo que son. Es por ello por lo que a esta nota la acompañan unas gráficas que, sin traicionar las concepciones de Foucault, transcriben a nuestra manera, su visualización de la episteme de los siglos xvii y xviii así como de la episteme del xix.

En esta última cabe anudar una referencia al uso de los modelos —de uso tan frecuente en la ciencia de hoy— pues,

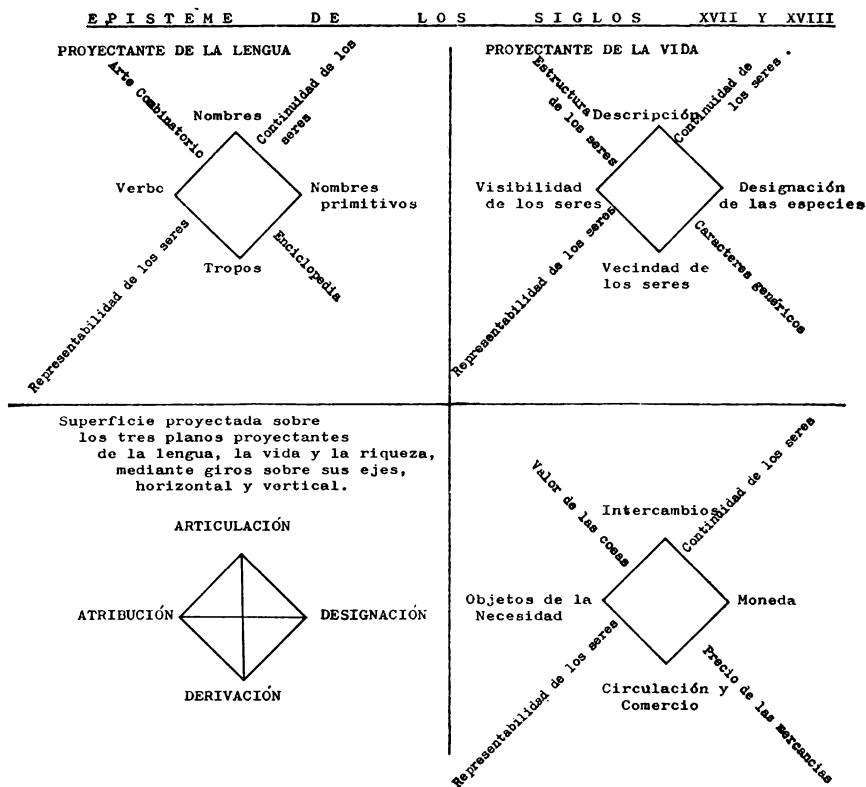
como indicaba Bertrand Russell, un modelo aparenta plenitud en tanto aprisiona vacío, mientras no se le interpreta; pues, como expresan los tratadistas de la materia, para que sirva metodológicamente un modelo se requiere que se le construya (formalización, en uno de los extremos de la segunda gráfica de Foucault) pero también que, un segundo después, se le interprete (interpretación, en esa misma gráfica).

Entre las dos tapas del libro de Foucault —que es casi lo único que puede presentar una nota tan breve como la nuestra— un contenido rico, profundo y sugestivo en el que el análisis de El Quijote no es de lo menos valioso, en cuanto nos lo muestra no como extravagante sino como peregrino que se detiene ante todas las marcas de la similitud; que lee el

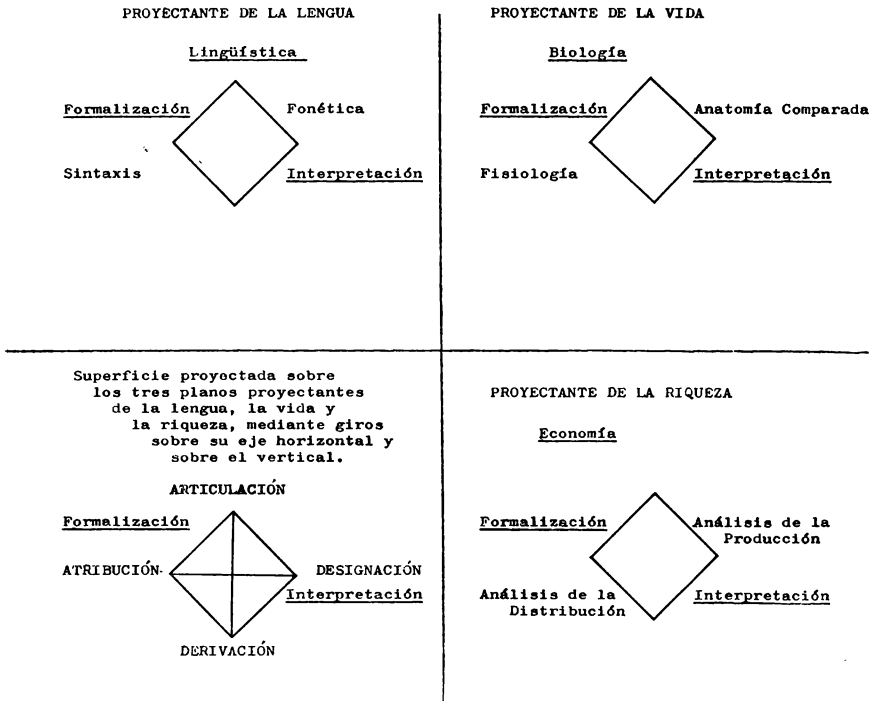
mundo para demostrar los libros, pero que, en la segunda parte, tiene que ser fiel a sí mismo, en cuanto él se ha convertido en libro.

La obra de Foucault muestra hasta la saciedad la forma en que cada experiencia del lenguaje y de las cosas conforman un saber y determinan un actuar; en que de la relación que se establezca o se reconozca entre el lenguaje y las cosas dependen tanto la sociedad como la cultura. De ahí que —aun sin que sea esa su referencia más inmediata y precisa— consideremos que su obra constituye un punto de arranque para cualquier reflexión que lleve a establecer sobre base amplia y firme una sociología del lenguaje o una sociolingüística.

Oscar Uribe Villegas.



EPISTEME DEL SIGLO XIX



Joshua A. Fishman: "Sociolinguistics and the language problems of the developing countries". *International Social Science Journal* (Multidisciplinary problem-focused research) xx, 2, 1968, pp. 211-25.

Joshua Fishman es uno de los investigadores que está logrando mayor renombre en el terreno interdisciplinario —abierto muy recientemente— de la sociolingüística. En este artículo hace un breve resumen del desarrollo de la interdisciplina, muestra cómo, en el momento actual, es central para la misma el estudio de las componentes lingüísticas y sociales de los problemas confrontados por las naciones en desarrollo, y la forma en que los métodos de la sociología y de la lingüística tienen que modificarse para el propósito interdisciplinario así como el modo en que los resultados de la sociolingüística repercuten en las dos disciplinas-madres.

La sociología del lenguaje llamó la atención de los filósofos y sociólogos del XIX tras siglos de atisbos parciales sobre las conexiones entre la lengua y la sociedad. Pero es sólo en la más reciente de las décadas del XX cuando surge la sociolingüística moderna, principalmente, como resultado de ciertos enfoques lingüísticos como el sincrónico y el aplicado, y de ciertas observaciones de los sociólogos en relación con ciertos cambios concomitantes de los grupos y de su habla.

Los lingüistas abrieron el camino al descubrir que a más de las variaciones lingüísticas condicionadas por el propio sistema lingüístico, había variaciones libres con respecto a él, pero que estaban condicionadas externamente por el contexto sociocultural; al encontrar que la co-territorialidad crea jurisdicciones distintas para cada variante, pero que también determina influencia mutua entre ellas.

Los sociólogos descubrieron la impor-